

CINE

PIONERA EXPERIENCIA DE CINE INTERACTIVO EN LOS 60´

El dolor que tenía en los dedos de mi mano derecha era impresionante, tanto como la hinchazón y el rojo sanguíneo del fluído empecinado en irrigar la mano cada vez más grande. Para colmo el frío, en esa tardecita nublada de junio en la que el frío dibujaba la futura helada. Helada de las de antes!!.

Habiendo asumido totalmente el rol de espadachín, alcancé a atajar el palazo de escoba (léase espada) de alguno de mis amigos, atajada que se coronó con un fuerte deslizamiento hasta mi mano delgada, blanca y flexible hasta ese momento que, sin quererlo, le puso freno a ese impulso descomunal. Y todo por culpa de los espadachines de Fu-Manchú.

Cada domingo por la tarde cada quince días íbamos al cine a ver algunas “series”. Una de ellas era Fu-Manchú, o algo así. Fonéticamente ese es el nombre que retumba en mis recuerdos pero en Internet no encuentro referencia de esas películas, aparecen otras referencias que seguramente tienen similar origen.

Lo cierto es que todo ocurría en China, ¡en China! País tan lejano como la luna, desconocido, atemorizante. Allí iba, no sé por qué ni para qué, un espía occidental –o algo parecido- y siempre terminaba en una sala inmensa en cuyo fondo estaba sentado Fu-Manchú –un señor muy gordo y con cara de malo, muy malo-; a los costados había sirvientes y unos espadachines –responsables de nuestro dolor por motivarnos en exceso a practicar sus destrezas-.

Lo cierto es que “el muchachito” –el espía con el que simpatizábamos, obviamente- tenía que charlar algo con Fu-Manchú y, con pasos lentos y cautelosos comenzaba a caminar hacia él. Y ahí comenzaba el cine “interactivo”.

Todos, desde Toto –el pelado y corpulento acomodador que nos soportaba y reprimía quincenalmente- hasta el más chiquito de la última fila, sabíamos que cerca del inmenso escritorio de Fu-Manchú había en el piso una puerta trampa que se accionaba desde el mismo mueble, y hacía caer a las visitas indeseables a un profundo pozo en el que había cocodrilos.

Todos sabían, menos “el muchachito”. ¡Era nuestro deber el avisarle! Porque odiábamos a Fu-Manchú, nunca supimos por qué. ¿Sería por la cara de oriental incorporada en un contexto de maldad escenográfico hollywoodense

“¡¡¡Cuidado!!!” gritábamos los cientos de chicos –incluso Toto-. “¡¡Cuidado con el pozo!!!” mientras la cámara seguía los pausados pasos que con cierta resistencia –gracias a nuestros gritos- se negaban a avanzar hacia lo casi inevitable.

Por ahí se detenía en el andar. “¡Biennnnn! ¡Nos escuchó!” nos decíamos entre nosotros. Y cuando la música de suspenso llegaba al clímax, nuevamente se enfocaban las botas y el muchachito iniciaba el camino. Y otra vez: “¡Noooooooooooo! ¡Cuidadooooo! ¡¡¡El pozo!!!”. Y allí, sin querer, sin hacernos caso, avanzaba y Fu-Manchú apretaba el botón.

Sin vueltas y en una exclamación unánime y una angustia incontenible veíamos a nuestro héroe caer... Pero esa vez, como tantas otras, alcanzaba a agarrarse de una cornisa y sus pies quedaban colgados a centímetros de los dientes de los cocodrilos...
The End.

NOTA 1: Era tanta la angustia que al salir corríamos a nuestras casas a buscar las espadas con las que los espadachines malos se enfrentaban con el muchachito. Cada quince días se producía una hinchazón y la mano de alguien adquiría un rojo sanguíneo por el fluido empecinado en irrigar la mano cada vez más grande.

NOTA 2: Quince días después volvíamos y encontrábamos al muchachito colgando. “¡¡Apretá el ladrillo que se abre el escape secretoo!!”, volvíamos a interactuar. En esta oportunidad nos escuchaba y se salvaba; aunque tiempo después no nos hacía caso y volvía a caer en el pozo que, ahora, estaba en otro lugar y se accionaba con una palanca.

Tomás Eduardo Landivar
